



Situemos el texto. Jesús está en Jerusalén y viendo cómo está el Templo, expulsa a los vendedores. Toma la defensa del Templo sustituyendo el santuario y toda la mercancía que ella genera por su persona, **él mismo es el nuevo**

Templo.

Un personaje perteneciente a las altas esferas del poder, judío observante y maestro de la Ley, **Nicodemo**, reacciona y quiere ver a Jesús.

Este no espera el Mesías de la fuerza, pero sí del orden, aquel maestro capaz de explicar la ley e inculcar su práctica, para llegar así a construir el hombre y la sociedad. **Jesús echa abajo su presupuesto:** el hombre no puede llegar a obtener la

plenitud humana por la observancia de la Ley **sino por su capacidad de amar.**

Nicodemo sigue atado por su espiritualidad simplemente **reformista**, por su dependencia de "señales", por su comprensión "terrena"; todavía actúa "de noche". **La noche simboliza** a los cristianos "vergonzantes" que silencian su fe, porque manifestarla perjudicaría a sus intereses, su situación social, e incluso haría peligrar su vida.

No es sólo una reforma de las instituciones religiosas lo que Jesús propone; según el proyecto de Dios, **hay que «nacer de nuevo»**, hay que crear una nueva sociedad formada por hombres nuevos. En contestación a la pregunta de Nicodemo: **¿cómo puede suceder esto?** Jesús responde desgranando su misión que viene de lo alto y el sentido de la cruz. Lo que sigue, **es el texto de hoy:**

16-17 Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El versículo 16 constituye el momento cenit de todo el diálogo, una expresión suprema. **El amor del Padre ha puesto en marcha toda la historia de la salvación.**

Dios envió a su Hijo al mundo para que la humanidad pudiera salvarse. Hizo una oferta de vida, que sigue abierta. Debe ser aceptada en la fe. Lo contrario equivale a la autoexclusión de la vida. **Ante la luz de Jesucristo la humanidad se divide:** unos prefieren las tinieblas y esta opción existencial les lleva al juicio; otros aceptan la verdad de Jesucristo y así llegan a la comunión con Él, y reciben la salvación.

La única condición para ello es la adhesión al Hijo, que significa **la adhesión a todo lo más noble**

de la condición humana. Dios no quiere que los hombres perezcan, es decir, que acaben en la muerte, porque en él no hay nada negativo. De hecho, Dios no se acerca al mundo en su Hijo para condenar al mundo; no es un Dios airado contra el género humano: **es puro amor**, pretende sólo salvar mediante el Hijo, es decir, comunicar a los hombres plenitud de vida hasta superar la muerte.

El Mesías no trae una misión judicial ni excluye a nadie de la salvación. No viene a discriminar dentro de Israel, pero tampoco entre Israel y los otros pueblos. Ha terminado el privilegio del pueblo escogido. **La salvación está destinada a la humanidad entera.**

18 El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

El juicio, de salud o desgracia, se realiza en la actitud de aceptación o rechazo frente a Jesús. En el evangelio de Juan no existe un juicio futuro, que tendría lugar al final de los tiempos, al estilo sinóptico (Mt 25,31 ss.).

El no creer es responsabilidad del hombre. Ante Jesús o se esta a favor o en contra, no hay términos medios. Ante el ofrecimiento del amor no cabe más que responder a él o negarse a aceptarlo.

La incredulidad se cierra al don del amor, con lo cual queda juzgada y condenada. El don del amor es "crítico", discierne entre creyentes e incrédulos.

Nicodemo había objetado que no es posible nacer de nuevo (3,4). Sin embargo, por parte de Dios todo está dispuesto; toca al hombre tomar la decisión.

Si de hecho hay excluidos de la salvación, se debe al rechazo del ofrecimiento que Dios hace en Jesús. El que presta su adhesión a Jesús, secundando el plan de Dios, no está sometido a juicio, porque Dios no actúa como juez sino como dador de vida. El que se niega a prestársela él mismo se da sentencia.

Quien opta por la vida, que Dios ofrece en Jesús, tendrá vida; quien rechaza la vida, firma su propia sentencia. Dar la adhesión a Jesús como a Hijo único o amado de Dios equivale a creer en las posibilidades del hombre, viendo el horizonte que el amor de Dios abre al género humano. Significa aspirar a la plenitud que aparece en Jesús y ha sido hecha posible por él, modelo de los hijos de Dios que nacen por su medio

NUESTRA EXPERIENCIA Cuando nos hablan de la Santísima Trinidad, quedamos desconcertados ante tanto misterio. Queremos saber **la fórmula para que sean tres y uno al mismo tiempo**, y muchos teólogos han buscado la imagen del Dios fuente-arroyo-río, del Dios raíz-rama-fruto, del Dios fuego-resplandor-calor, para acercarse en imagen a lo que no se puede explicar.

Es más fácil recurrir a nuestra experiencia personal. Dios se revela en la experiencia, es un Dios personal. Y desde pequeños hemos sentido a un **Dios que es Padre/Madre**, que cuida de nosotros, hasta en los pequeños detalles, que nos deja libres para aceptar y vivir en su amor.

Hemos vivido con Jesús la cercanía de ese Dios, que está dentro de nosotros y fuera, en nuestros hermanos, y él nos ha enseñado a vivir un estilo distinto de ver y hacer en la vida. Jesús, que se hizo carne de la nuestra y que es nuestro hermano mayor, es el que nos salva de toda atadura que nos impida crecer como personas. Y celebramos **la presencia constante del Espíritu**, que nos enseña y recuerda esa corriente de agua "que mana y corre, aunque es de noche", que es la vida divina.

Y esto tan sencillo que digo, tiene fundamento bíblico. El pueblo hebreo supo descubrir las huellas de Dios a través de su propia historia. No supo decirnos su esencia y cualidades, porque es el Absoluto, el inaccesible y no pretendió penetrar en su misterio. **Sintió su presencia y su llamada de continuo.** Fue una historia llena de idas y rodeos, con sus momentos de gloria y estabilidad, con sus horas de destrucción y amarguras.

Dios se nos revela como un Dios vivo, capaz de intercambiar un diálogo con nosotros. Y escuchar su voz significa ser capaz de interpretar la propia vida con una perspectiva distinta, sabiendo que nada sucede al azar, que nada queda atado a la suerte o al destino, sino que cada paso que damos con libertad en la vida tiene un por qué y camina hacia una meta, oscura en ocasiones, pero una meta que da sentido a todo el camino.

- *¿Tengo esta experiencia íntima y profunda?*
- *¿A qué compromisos me lleva?*

LA EXPERIENCIA DE JESÚS Para Jesús, Dios no es una teoría. **Es una experiencia que lo transforma** y le hace vivir buscando una vida más digna, amable y dichosa para todos. Él mismo intuye su aliento de vida alimentando los pájaros del cielo y vistiendo de colores las flores del campo. **Y capta la presencia del Espíritu** al curar a los enfermos y al liberar del mal a los poseídos por "espíritus malignos". Y se alegra de que las gentes más sencillas e ignorantes escuchen la revelación del Padre.

Busca a Dios en su propia existencia, abre su corazón para escuchar lo que quiere decir en aquel momento. **Toda su vida transpira una confianza, un abandono en Dios como Padre.** Cuando se dirige a Dios usa palabras sacadas del lenguaje familiar, las mismas que empleaba el niño cuando llama a su padre, ABBA, "Papá Dios". Y esta confianza genera una docilidad incondicional. Solo busca cumplir la voluntad de su Padre. Y cuida muy mucho la comunicación con ese Dios cercano y Padre en el silencio y la soledad.

Jesús experimenta en él la fuerza del Espíritu con tal intensidad que, consciente de su poder vivificador, se acercará a los enfermos a curarlos de su mal; lo único que les pide es fe en esa fuerza de Dios que actúa en él y a través de él. Si expulsa a los demonios es que el Espíritu liberador de Dios está actuando en él y a través de él.

- *¿Siento la cercanía del Dios de Jesús?*
- *¿Me pongo en sus manos, cada día, con confianza y alegría?*

TRINIDAD. COMUNIDAD DE AMOR Para nosotros, los cristianos, **vivir es convivir, es amar.** Y es imposible el encuentro con Dios si no hay encuentro con el hermano. **Solo vivimos si convivimos**, porque **somos imagen de Dios trino**, comunidad de amor. Solo en comunidad somos signo en el mundo de nuestro Dios trinitario, y solo en comunidad nos realizamos como personas verdaderas.

La afirmación quizás más trascendental del cristianismo sea ésta: en el principio no está soledad del uno, sino **la comunión de tres personas eternas: Padre, Hijo y Espíritu Santo**; en el primer principio rige la comunión. Esta comunión constituye la esencia de Dios y a la vez la dinámica concreta de cada ser de la creación.

Hace ya bastantes siglos, teólogos cristianos intuyeron a Dios como **«danza gozosa de amor»**. Concretamente, para expresar la comunión de vida y la expansión de amor y ternura que acontece en el Dios trinitario, los **Padres griegos** acuñaron un término técnico, **«pericoreosis»**, que evoca la danza de la Trinidad. Trata de sugerir el movimiento eterno de amor con el que vibran las personas divinas, la vida que circula entre ellas, el abrazo de amor en el que se entrelazan. Cada persona divina penetra en la otra y se deja penetrar por ella. Esta interpenetración es expresión del amor y de la vida que constituyen la naturaleza divina.

Si Dios es trinidad de personas, comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, entonces **el principio creador y sustentador** de toda unidad en **los grupos, en la sociedad y en las Iglesias** tiene que ser la comunión entre todos los participantes, es decir, **la convergencia amorosa y el consenso fraterno.**